

Pablo González de Langarika



Animal de luz

Un animal de luz lame tus ojos mientras un viento asola tu garganta y gira al sur de la palabra.

Gotas de acíbar al borde de tus labios.

Un animal de sombra está en tu sangre. Es la verdad que siembra progresiones, y sube hasta tu llanto, y te acontece porque la herida en el recuerdo no es la misma y la angustia no cede a su mirada.

Son el camino del norte, los espinos y la niebla que habita tus carencias. Sube el sentir soñando que es perfecto, como la espiga que habita sus preguntas.

El animal se para (¿el de la luz..., el de la sombra?) y olfatea la humedad, la lluvia que se acerca, la mancha gris que aloja estos instantes. Sobre tus párpados, una gota de alumbre calcinada.

Es el dolor que asoma sus ropajes, la majestad desnuda de su gesto.

En tu oquedad habita el infortunio y un vendaval de siglos y sus ecos. Oye el batir forzado de la sangre entre las ramas, su fruto desprendido, cayendo indefectible –girando en su pregunta– hacia el centro inexorable del silencio.